

# ORACION

QUE

EXORTA A ESTUDIAR

LAS LEYES DE ESPAÑA

POR ELLAS MISMAS.

*SU AUTOR*

EL Dr. DON THOMAS MANUEL

FERNANDEZ DE MESSA,

Abogado de los Reales Consejos.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN VALENCIA, Año M.DCC.LII.

---

En la Oficina de JOSEPH THOMAS LUCAS, Impressor  
del Ilust. Sr. Obispo Inquisidor General.

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR

DON JOSEPH

DE CARVAJAL, Y LANCASTER,

DECANO DEL CONSEJO DE ESTADO DEL  
Rey nuestro Señor DON FERNANDO SEXTO, Governador del Supremo Consejo de las Indias, Presidente de la Real Junta de Comercio, y Moneda, y Superintendente General de las Estafetas, y Postas de España, &c.

EXC.<sup>MO</sup> SEÑOR.

SEÑOR.



ESDE que en aras de mi respeto ofrecí à V.E. todo el fruto de mis fatigas literarias presente, y futuro, y V.E. se dignò de recibir este voto, he deseado con ansia diessen cada dia nuevas, y abundantes cosechas, que acreditassen su grandeza; pero las continuas tempestades de agenos, y propios pleytos, que cada uno me inquieta el animo por mil, retardan, sino hazen del todo inútiles mis afanes. No obstante, aviendo el Nacimiento del nuevo Sol de Justicia serenado como suele esta tormenta con la calma annual de los

feriados, he podido coger este, que pongo à los pies de V.E. no sè si diga fruto en flor, ò flor sin fruto; pero que como quiera podrá à lo menos servir de diversion, y por esso serà proprio del tiempo en que se hizo, para que no me culpe la malicia de q̃ gasto el cultivo en solas flores; porque todo en su tiempo es bueno, y necesario.

Confieso la verdad, que impaciente mi veneracion, yà huviera hecho ofrenda de otros frutos, que tengo crecidos, pero mal sazonados, si no temiera à la embidia, para la qual no basta el advertir, que fue preciso el cogerles no maduros, para que dexé de morderles, y aun para que no les muerda como tales, esto es, llenandose la boca de agrura, y aspereza, y cerrando los ojos como ciega. Bastante he visto, que se para en la corteza, la qual en todos suele tener algun defecto, sin advertir, que à lo menos con el blando heno de una buena voluntad, ò con el frio de una remplanza, hallaria en su interior algo de buen gusto. Pero en fin, Señor, digo, que no estoy ocioso, y que espero ser de provecho, gracias à aver merecido de V.E. este concepto, cuyo estímulo me dará lo que por mi no tuviere, si Dios me mantiene la vida, y prospere, y continúa la de V.E. dilatados años, como incessantemente se lo suplico. Valencia, y Marzo 30. de 1752.

Excmo. Señor,

B. L. M. de V. E.

su muy rendido, y apasionado

D. Thomàs Manuel Fernandez de Messa.

CEN-

CENSURA, Y APROBACION DE EL REVERENDÍSIMO P. M. Don Isidoro Francisco Andrés, Monge Benedictino Cisterciense, Examinador Synodal del Arzobispado de Toledo, y Predicador de su Magestad, &c.

Esta Oracion, que con singular energia, y entusiasmo ha escrito D. Thomàs Manuel Fernandez da Messa, Abogado de los Reales Consejos, &c. es una bella pieza literaria, en que no luce menos la viveza del ingenio, que la solidèz del juicio; no campea menos la erudicion, que brilla la elocuencia. Puede dignamente servir de modelo aun para tirar otras lineas en asuntos Sagrados. Algo tiene de esto la Jurisprudencia, pues no solo incluye la noticia de las cosas humanas, sino de las Divinas; y nuestro Autor con un espiritu imparcial, y nada pegado al polvo de las preocupaciones, se eleva à contemplar en si mismas à las Leyes, sin dexarse llevar de tantas manos de papel, como han gastado tan muchos, y tan diversos Autores, entre los quales algunos en vez de aclararles, las ofuscan: en vez de ilustrarlas, las afean: y en lugar de exornarlas, las desnudan. Aun el gran Vinio, Maestro, guia, y antorcha de los Institutistas (si hemos de creer à un Critico Moderno) parece que trabajò mas en condensar nieblas, que en difundir luzes. Sirva de prueba su primer titulo, donde esta simple proposicion de Justiniano: *His igitur generaliter cognitiss*, se encuentra  
así

así explicada por Vinio: *Cursim obiter summatim*; con cuya confusísima interpretacion queda mas obscuro el lugar. Pero yo, que soy mas aficionado à hazer crisis de la crisis, que à usar de una mordicante, melancolica, inexorable rigidèz con los Escritores famosos, y acreditados; prescindo por aora de la razon, ò razones, con que èste, y otros Criticos autorizan su Magisterio; y siempre celebrarè el feliz ingenio, la buena intencion, el garvoso desenfado, el incansable estudio, y todas las demàs prendas, que dãn à nuestro Autor un distinguido carácter en el Orbe literario. Siendo esta Oracion dichofo parto de su fecundo numen, se dexa vèr, que es una Obra hermosa, eloquente, persuasiva, erudita, y util. Conque puede el muy llustre Señor D. Pedro Albornòz, y Tapiès, Canonigo de la Santa Metropolitana Iglesia de Valencia, Provisor, y Vicario General de su Arzobispado, &c. dár la licencia, que se pide, porque no ay en toda ella cosa que se oponga à nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Así lo siento, salvo mejor parecer. En este Real Monasterio de Santa Fè à 12. de Febrero de 1752.

*Isidoro Francisco Andrès,  
Monge Benito-Cisterciense.*

IHS. Imprimatur,  
*Dr. Albornòz, Vic. Gen.*

APRO.

*APROBACION DEL SEÑOR DON  
Agustin de Valdenoches, del Consejo de  
S.M. en el Real de Hazienda, &c.*

**P**Ara satisfacer la comission de V.E. he leído con la mayor atencion la Oracion que compuso, y solicita imprimir Don Thomàs Manuel Fernandez de Messa, Abogado de los Reales Consejos, en que exorta al Estudio de las Leyes de España por ellas mismas; cuyo dictamen fundado en el dogma universalmente recibido, de que se beva en las fuentes donde son mas puras las aguas, no es nuevo; antes le ví en otros, y practicado con provecho por un Ministro de S.M. que amo, y de quien me prometo mucho. Y aunque el querer emendar, mudar, ò corregir un metodo lleno de antigüedad (à la que suelen los Hombres sin examen consagrar sus veneraciones) se considerò siempre dificultoso, peligroso, y que excedia à las fuerzas de uno solo: sin embargo siendo licito à todos el opinar dentro de los terminos de lo justo, ninguno deberá maravillar reprueve èste el observado, que estima dañoso, por lleno de inteligencias, y futilizas, con que atribuyen à las Leyes lo que no dixerón, y que promueva se dediquen, y apliquen al que por mejor propone para la perfecta inteligencia del Drecho nacional en que se interesa el público. Lo cierto es, que para su logro prepara en ella, y dispone bien los animos;

mos; que persuade con claridad, y propiedad su utilidad en las Escuelas, y el Foro; que prueba, y confirma solidamente su assumpto con intrínsecas razones, no olvidando las extrínsecas de los exemplos, contrayendo, y dilatando sin mendigar sofisticos argumentos; y que reduce su conclusion. De forma que ajustado à los preceptos del Arte, desempeña el assumpto con la viveza que esperè de su aplicacion, è ingenio conocido, y me tenia acreditada en algunos encargos que fiè à su cuidado. En esta inteligencia, y en la de que no encuentro reparo legal, politico, ni moral que impida se dè à la estampa, podrá V. E. si gusta, acordarle el permiso que pide. Valencia, y Marzo 6. de 1752.

*Don Agustin de Valdenoches:*

Real de Valencia à 23. de Marzo de 1752.

Imprimase por el Impressor que èsta Parte eligiere, con exclusion de los demàs, con que sea en papel fino, conforme à la Orden de S.M.

*Caylus.*

## AL LECTOR.

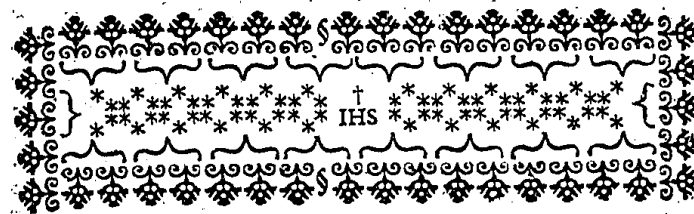
SI no tienes noticia de todos los hechos (aunque han sido bastante publicos) tal vez estrañaràs, Lector, dè que comparezca en el Orbe literario antes de vindicar mi fama de aquella nota que pudo contraer en la malicia, por las calumniosas advertencias, que me hizo aquel que se disfrazò con la mascara de Don Miguel Sanchez; y cuyo nombre callo por modestia, aunque le publique su amicisimo el Dr. Vicente Ximeno, en la Biblioteca de Escritores Valencianos: pero quiero advertirte, que dentro unos quinze dias, pedi licencia al Real Consejo, para entrar en el palenque de mi defensa, con las armas de una Apologia que intitulè: *Rèplicas Foco-serias, que haze Don Martin Vargas Duende, à las Serio-rediculas advertencias, que à Don Thomàs Manuel Fernandez de Mesa, diò Don Miguel Sanchez, en la Carta, que no es suya, de 16. de Enero de el año 1748.* y tomè por empressa, el sustentar no solo que yo no avia errado en nada de lo que me imputava, sino que los falsos yerros acumulados, les avia cometido mi Admonitor en sus obras, y aun los mas en la misma Carta. Pero en este intermedio se despacharon estrechas ordenes del mismo Consejo, dirigidas al Señor Don Antonio Aperrigui, Regente de esta Real Audiencia, para que no permitieffe la impresion de mi papel, hasta que fuesse visto del Ilustrisimo Señor Don Joseph Bustamante, à quien devia remitirse. Si esto es verosimil que se hiziesse sin instancia de Parte, y qual fuesse, lo dexo à tu consideracion. Y aunque à mi me consta por cartas fidedignas, que fue mi mismo contrario, quien lo solicitò, no quiero que des mas fee, que la que se merece la verosimilitud, y la voz pública, que assi lo dixo. Tambien dixo, que tomò por motivo el que seria mi escrito la Satira *mas execrable, que avrian visto los siglos*: impostura grave, è injuriosa; pero que pude desmentir al instante, no solo con el hecho de aver pedido ya la licencia, y suje-

tadome à las Aprobaciones; sinò remitiendo, como remiti, à buelta de Correo mi Apologia, para que la brevedad diessè fee de que no la avia mudado de como estava, y ella misma de que no era sino una defensa muy conforme à la natural; y aunque sazónada con algun poquillo de sal, y pimienta (porque no le falta aguijoncito à la avejita de mi pluma) del todo modesta, especialmente si se comparava con el Libelo infamatorio del Señor Don Miguel. Con que si esto fue motivo, ò pretexto, y qual fue la segura causa, que le impelia à querer embarazar mi respuesta, lo dexo tambien à tu juicio. Pues al cabo, què le podia importar, el que yo me descompusiesse, ò no quando en las contiendas literarias, solo hieren las armas del entendimiento, y no de la voluntad; y aquel que entre las blancas de la pluma, y papel, usa de las negras de la calumnia, quantas heridas se piensa dàr al enemigo, las haze, y rebuelve contra su fama; y pudiera tener bastante prueba de ello en su misma carta. Como quiera que sea; no dudo yo que la justificacion del Real Consejo, averiguada la verdad, me huviera al fin concedido la licencia: pero luego se siguiò la muerte del Señor Bustamante, que retardò el expediente; y poco despues la de mi Padre, de que me sobrevinieron tantas inquietudes domésticas, y pleytos, que no solo no pude cuidar de este; si que antes bien, doy gracias à la casualidad, porque me ha dado lugar de pensarlo mejor, pues ciertamente iba à hazer una cosa del todo inutil: lo primero, porque el papel de mi Contrario, ha parecido à los que le han mirado à buena luz, que antes pudiera envanecerme, pues siendo como necesarios en el hombre los defectos, es gloria el que no hallasse aun el odio, otros en mi, que unos, ò imaginarios, ò fundados en clausulas truncadas, y diminutas, que enteras, y puestas en su lugar, ellas mismas dizen, que deven tener otro sentido; ò en questiones de voz: ò en yerros de impresion, y todos tan superficiales; que solo pudieran ser reparables para quien les mire con el antejo de aumento de la

la emulacion; y para esta, ninguna satisfaccion seria bastante. Amas, que de mi podrán dezir, que he dexado de darla: lo que positivamente no concluye, que no la tenga, y muchos han visto aqui mi Apologia manuscrita, y en Madrid, no se como, ha corrido por varias Tertulias de Doctos, el exemplar que embiè al Señor Bustamante. Pero mi Contrario se puso à responder, y no pudo, à los deslizes que yo le notè en mi primer, Obra, si no el buscarme otros, con que parece que se contentò en que andàramos iguales, y hazer el juego tablas; y yo, como amigo de la paz, vengo bien en ello, mayormente quando si no es por lo que se ha ensangrentado, y dicho, por lo que ha callado, veo que no ha perdido este sujerito de su estimacion para con muchos, ni aun para conmigo, pues al fin no se puede azertar en todo; y aunque no he jurado en sus palabras, que es solo por lo que me odia, siempre le he venerado, y amado. Y de la misma suerte sè que ni me ha tenido, ni me tiene por despreciable, y asì lo confiesa à algunos privadamente, aunque por no poder vencer su pascioncilla, no lo diga en público, si no con sus estremados sentimientos, que lo pregonan bastantemente. Pero yo quiero ganarle de Cristiano, y darle à entender, que sè mejor, que el mismo, que lo amonesta en su carta, *practicar la caridad de San Pablo, y leer el Sermon de San Basilio de la humildad, y vanagloria*. Porque estos papeles, con dificultad dexan à largo andar de dañar los corazones, y de causar muchas pérdidas de tiempo, pues apenas tienen fin; porque aquel vence, que queda en el campo de batalla, y es el ultimo en responder. Y como en el juego de la Malilla, se reputa la ultima vasa la del mejor jugador, ò como dixo un Ingenio de estos tiempos, es el triunfo el ultimo naype que se dà: y no podia dexar de ser yo el vencido, supuesto que no estoy tan desocupado como mis contrarios, para porfiar en ser el ultimo, conciliandome con esto justas mormuraciones, por evitar otras injustas. Dixe *contrarios*, porque las obras de este embo-

zado no las devés considerar como solo tuyas, si no de su ayudante, y hermano, y uno, y otro no tienen otro que hazer, que lo que quisieren. Pero si vâ à dezir la verdad, ninguno de estos motivos huvieran sido bastantes para detenerme, si no huviera sabido, que semejantes controversias no son del gusto de una persona, de altísimo carácter, cuyo concepto estimo en mas que el de todos mis emulos, y à cuyo cargo, y proteccion he dexado mi honor, y à mis contrarios esta advertencia; porque sepan, que quantos escrivieren contra mi, han de adquirir poca gloria, pues viendome obligado à callar, salen à lidiar sin contrario. Ni tampoco podrán quitarme la que tengo, porque no falta quien me la guarda, y defiende. Tambien te advierto, que en esta Oracion no es mi animo el reprobare los Autores, è Interpretes, si no es el que se use solo, è principalmente de ellos, para el estudio de las Leyes, y no de ellas. Ni en quanto reprehendo entiendo ofender à nadie; porque lo que se habla en comun, à ninguno toca en particular. Dios te guarde.

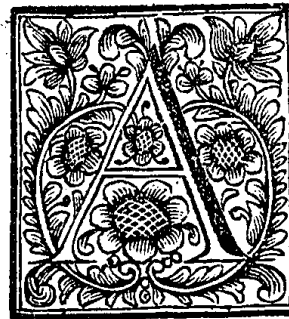
ORA-



# ORACION,

QUE EXORTA A ESTUDIAR

## LAS LEYES DE ESPAÑA POR ELLAS MISMAS.



QUEL Supremo Artifice, que cõ solo el instrumento de su voz, de un golpe perficionò sus obras, puso en el hombre una centella de la Divinidad, haziendo brillar en su mente la razon, hermosa imagen, y luz del mismo divino rostro: pero sin duda porque no le envane- ciese tanto esplendor, sujetòla à muchos, y dilatados eclipses. No son otra cosa aquellas obscuras sombras de el engaño, con que de-

fatando el discurso cada dia experimentamos, que abraza los errores por aciertos; y regularmente se precipita siguiendo las huellas de un mal exemplo. Toman por guia muchos al que juzgan veròdado en una senda, y si èste llega à caer por su flaqueza, sirve de tropiezo para quantos le suceden, y el numero de los que vâ delante, les provoca, y aumenta el peligro del precipicio: pues en incierto camino, quanto mas son las pisadas de los que le erraron; tanto mas nos llevan, y conducen al

al mismo yerro. No tuvieran fin mis palabras, si os traxera à la memoria todos los exemplares de esto; pero mirad los que tenéis en las mismas Artes; pues ni aun la Republica de las Letras se libra de estas tinieblas en medio de su mayor luzimiento. Desde la puerta de ella, que es la Gramatica, vemos, que con el mal pie, que le dió el coxo Crates, segun refiere Suetonio, ha permanecido tan defectuosa, como su Autor, por mas de 1700. años, hasta que entre otros Francisco Sanchez de las Brozas, y Gaspar Ciopio, la enmendaron, ó por mejor dezir, la dieron nuevo ser. Tanto tiempo permaneciò esta Arte sin salir de su infancia, y aun en algunas partes permanece, siendo mas pueril, que la edad, de que suele ser exercicio. Reglas se dan sin regla multiplicadas en romance, y en latin, con que se quiere usar de el fin, antes de tener el medio; de manera, que los Maestros, y niños, solo parece que juegan à enseñar, y à aprender: ó que no hazen otro, que aprender, y enseñar; pues al cabo se dan, y reciben preceptos, y no ciencia. Pero ya ay pocos hombres de juicio, que no reconozcan, que erraron en esto los passados, y los que en adelante les siguiéron. Omito quanto tiranizaron la Retorica los Declamadores, y la Historia los falsos Cronicones; y passando à la Filosofia, digo: que por mas de 300. años, ocupò tambien toda la Europa, la Aristotelica, ó la que despues quisieron los Escolares, que fuese de Aristoteles. Ensalzaronla sobre los Theatros, y Cathedras, Pedro Avelardo, Alexandro de Hales, San Alberto Magno, Santo Thomàs de Aquino, Suarez, Escoto, y otros. De suerte, que pareciò punto de Religion el admitirla; y la conversion, que especialmente hizo de ella Santo Thomàs de Gentil en Catholica, ha sido casi tan celebrada como las que hizo de muchísimos Hereges. En tantos años, no se pudo desposeer de su imperio, aunque le hizieron guerra muchísimos: unos, suscitando antiguas Sectas, como Pico de la Mirandula, y Francisco Georgio, la Pitagorica, Bessarion, y Ficino la Platonica, Lipcio, y Gaspar Ciopio la Estoica, y Gassendo la Epicurea; y otros la combatieron con sus propios Sistemas, como Lulio, Patricio, Ramo, Cardano, y Campanella. Pero despues, con Descartes se descartaron muchos de Aristoteles; y aora apenas ay Sabio alguno, que no desprecie la Fi-

sica usada en estos tiempos. Pues si es cierto, que el libre, y universal conocimiento de los hombres alcanzò poco de la naturaleza, cómo podrá hazer progressos la razon, atada con el discurso, y racionacion de un solo hombre? Solo se experimenta saber en este punto lo que se experimenta, y así à sola la experiencia, es razon se conceda el Magisterio. No fue menor la aclamacion comun de Hipocrates, y Galeno entre los Medicos; reputados fueron por infalibles, à aquel llamaron Divino, y à este Angel, y otros creyeron, que à ambos se les rebelò la Medicina, de fuerte, que por ventura ha sacrificado mas vivientes esta vana creencia, que la barbara idolatria de los Gentiles: pero en el siglo treze empezò à contradecirles Paracelso Hermetico, y despues el Chimico Takenio, y aora ya tienen casi todos presente, que fueron hombres, y que como tales se engañaron muchas vezes, y así tambien muchas vezes les abominan, y desprecian. Ni aun el Sagrado de la Theologia se librò de que le profanassen tanta multitud de abominables Sectas, las que ojala no tuviesen tan gran numero de sequazes, ni fuesen tan pertinazmente duraderas. Y entre los Catholicos, tampoco se tiene por pequeño error el consumir en ella años con Metafisicas tal vez inutilles, explorando què haria Dios en otra providencia, no alcanzando lo que dispuso en la presente. Ultimamente, por acercarnos al intento, no menos por casi tres siglos enteros dominaron en las escuelas la Romana Jurisprudencia Bartulo, Baldo, y sus sectarios, y fueron sus opiniones veneradas mas que las mismas Leyes; pero en el siglo diez y seis ya empezaron à contrastarlas Andrès Alciato, Emilio Ferreto, Antonio Agustino, Pedro Fabro, los dos Pitèos, Cujacio, Oromano, Brisolinio, Duareno, Balduino, Donclo, y otros. Y aora ya vemos cumplido el pronostico, que hizo de aquellos nuestro patricio Luis Vives, el qual dixo, que algun dia servirian en las Librerias de guardapolvo, ó se echarian al montòn de los muchos, que paran en casa de los Drogueros, y Polvoristas. Tanto puede, Señores, engañar un uso, ó abuso envejecido, en que el numero provoca à la autoridad, y la autoridad al numero. Pues quièn ay, que con tales escarmientos à la vista, se fie sin mas examen al uso, numero, y autoridad? Libres os con-



4  
 sidero de esta venda fatal de la razon; y así dispuestos à que veais otro mayor error, y precipicio, donde hemos sido llevados con aquel tropiezo en la Jurisprudencia nacional, queriendola buscar, y conseguir no en las mismas Leyes, sino entre los escollos de los Autores. No ay duda, que si atendierais à la observancia comun, y al exemplo de los muchos, me diriais: Como tù solo, quien quiera que seas, te atreves à reprehender lo que aprobaron nuestros Padres, y oimos à estos, que guardaron nuestros Abuelos? Tan distante juzgas, que pudo estar de el blanco de el acierto la cana experiencia de unos hombres à cuya sabiduria añadió respetos la sucesiva duracion de los años? Pero què otra cosa dezian, y juzgavan aquellos, que como os he propuesto con tantos exemplares despues ellos mismos, ò lo que es peor, otros conocieron claramente su engaño. Y dexada la preocupacion, en què podrà fundarse tal abandono del Drecho, y abuso de los Interpretes? Los criados se han buuelto Señores, y aquellos, que devian ser solo como Sumilleres para correr el velo de lo arcano de la Ley, oy han hecho para si pavellon, y folio de esse mi velo, debaxo del qual usurpan los cultos de su Señora. Apenas ay Legistas, sino Autoristas: pues en muchas partes vemos estudiar Autores, pero en poquissimas el Drecho. En las Universidades nos cuentan leerse el de Justiniano; pero dado de que sea así, este pudiera llamarse Drecho en algun tiempo: mas aora yà no quisieron nuestros Principes, que lo fuese, y la costumbre le dió un lugar tan estrecho, que para introducirse en el, hubo de desfigurarse, y aun perder muchissimo de su ser. En las Curias dizen, que se aprenden las Leyes Españolas; pero què pocos son los que de proposito las miran contentos de registrar sus Interpretes? Apenas se decide cosa porque ellas lo mandan, sino porque lo dizen los Autores. Rara vez se oye: Esto lo ordena Don Alonso el Sabio, ni Felipe Segundo; sino: Así lo afirman Gomez, Covarrubias, ò otro tal vez de menor autoridad; y poco importa, que aquellas lo digan, si no lo dizen estos: y solo sirve, que lo digan estos, aunque aquellas no lo digan. De manera, que yà ningun Letrado se averguenza de hablar sin Ley, sino de hablar sin Autor, aunque sea con la misma Ley. Ea, dexadme dezir, que vive por esto

5  
 esto desterrada de España, ò à lo menos escondida entre pocos, aquella estimable Ciencia, por la qual haze el Hombre descansar el Cordero al lado del Leon, sin que aquel tema, ni este se enfurezca. Subrogadose ha en su lugar otra engañosa Arte, que fingiendose aquella, lleva confiada la Oveja al Lobo, y al Leon el Cordero; para que sean trofeo de sus iras. La Jurisprudencia, digo, se fue de entre nosotros, y oy se disfraza con ella la Prudencia particular de los Hombres; que Aristoteles comparò à una bestia. No es buscar lo que manda la Ley, la qual uniforme, y constante igualmente sujeta al poderoso que al humilde; escudriñar solo, que es lo que entendieron, ò por mejor dezir, quisieron los Hombres, que mandasse; la tela de cuyo juizio dixera bien Anacarsis, que es como la de la Araña; que prende al cuerpo chico, y se rinde al grande. Pero à donde me dexo llevar con tan prolixas quejas, quando todavia han de ser de poca monta mis palabras? No soy tan presumido, y vano, que pretenda me deis credito en cosa alguna, solo porque yo lo diga: conosco mi pequeñez, y la cortedad de mi ingenio; solo os suplico, que suspendais un tanto el juizio, mientras que conmigo consultais à la Razon, y Experiencia acompañada de la autoridad: y así os desprendereis de la autoridad, que camina sin la experiencia, y la razon.

#### PUNTO PRIMERO.

#### FUNDASE CON LA RAZON.

POr cierto, que mas dificultad se ofrece al entendimiento en componer, como se puede saber el Drecho sin el Drecho, que el que este sea el medio mas directo de alcanzar su ciencia; pues los principios indubitables de la Jurisprudencia, que es en lo que consiste el arte, donde se podrán ver mejor, que en las mismas Leyes? Allí se registran con la relacion, que mutuamente tienen unas partes para con otras, siendo ellas mismas otros tantos Interpretes, que se ilustran; y à vezes declara mas el sobrefrito, ò subscripcion de un titulo, que los Escritos de muchos Autores. El ver, un axioma del Drecho

cho en el mismo, ó en los Interpretes, importa tanto para el mejor conocimiento, como el ver la cara de un Hombre vivo, ó verla separada de su cuerpo. Tanta diferencia vá, como mirar una piedra arrancada de la joya, ó mirarla en medio de ella, donde recoge el luzimiento de quantas la circuyen. Las dudas, y dificultades, que halláres en las Leyes, regularmente las verás decididas, y tratadas en los Autores; pero á éstos, pocos quisieron gastar el tiempo en declarar las obscuridades, e implicancias, que padecieron; y así mas conveniente es caminar por donde si tropiezas, halles quien te dé la mano, que no por donde te falte el refugio de otros, que te socorran. Precepto tenemos de pasar el Drecho; y fuera que ni cumplimos con nuestra conciencia, ni con nuestra fidelidad, en dexar de obedecer á nuestro Soberano: cómo creemos que avrá mandado lo menos conveniente, quando antes es de presumir, que todas sus Leyes las formó á consejo de los prudentes?

De la misma voz del Principe dixo Justiniano, que avia de proceder el fin, y principio de la enseñanza del Drecho. De manera que no basta, que se estudie su sentencia, sino con sus mismas voces; pues se puede con las agenas voces facilmente confundir su sentencia. Á qué infante se le dá la leche en vasos fria, y destemplada, pudiendose dar en los mismos pechos de la Madre, llena de saludables espiritus? Pues por qué los que son niños en la Jurisprudencia han de querer chupar el jugo no en el seno de las mismas Leyes, sino en los vasos tal vez inmundos de los Interpretes, y Autores? Son los principios, y elementos de las Artes como las semillas, que segun su genero bueno, ó malo se multiplican, desuerte que un defecto en ellos es causa de innumerables; y qué Autor me aveis de señalar tan perfecto, que no tenga ninguno? Doy que en los Interpretes, como regularmente juzgamos, se halle lo mismo que en las Leyes, con la declaracion de sus dudas, la ilacion de sus premisas, y el suplemento de sus defectos; pero no por esto es mejor estudiarlas en éstos, que en ellas mismas: pues aunque ellos digan lo que dicen las Leyes, no de la misma suerte: y juntamente llevan lo que las Leyes no dicen, añaden dudas donde no las ay, y ponen defectos, donde ay perfecciones. Unos vemos, que fueron de un dictamen; porque les

pa-

pareció ingenioso, y se pagaron de la agudeza mas, que de la verdad. Otros siguieron una solucion; porque ellos fueron los inventores, y el amor proprio les arrastró el juicio: y los mas, porque así lo enseñaron sus Maestros; pues este ha sido vicio mas comun de los nuestros, que de los Discipulos de Pithagoras, de manera, que se precipitan como las Ovejas al tropiezo de la una, ó como las Aves al buelo de las otras. Estos son defectos de la voluntad; pero quanto mas son los que padecen por el entendimiento? Aun á los Autores grandes, nos enseña Quintiliano, que no podemos seguirles sin rezelo; porque la experiencia muestra, que unas veces cayeron, porque resbalaron con el descuydo, ó cedieron al peso de la dificultad, ó se dexaron llevar de su genio, ó por la misma fatiga dormitaron, como á Horacio le pareció averlo hecho Homero, y á Ciceron Demostenes. Pues cómo podemos saber quando acertaron, ó erraron, sino es sabiendo el Drecho por el Drecho? Mas yá parece que suena en mis oidos aquel tan comun como falso dictamen, que en la Instituta de Justiniano se estudia por el mismo Drecho los principios de la Arte, bastantes para que sirvan de guia entre los Scilas, y Caribdis de los Autores. Pero ó! y quanto yerra el que en un pequeño Esquife quiere hazer larga navegacion; ó el que de noche con una debil candelilla, no resguardada de los vientos, quiere caminar entre precipicios! La Instituta de Justiniano puede ser una corta disposicion, como dize el mismo Emperador, para entrar en el estudio de su Drecho; pero no para que nose estudie lo demás: y aun todo lo demás, comparado con la inmensidad procelosa de los Autores, que aora tenemos, es como un pequeño arroyo, respecto de el mar. Pues cómo podreis fulcarle con sola la instruccion, y guia de esse Principe, si en el rumbo de nuestro Derecho es un Piloto tan inexperto, como el que solo costeó el Mediterraneo puede serlo en las mas distantes partes del Océano. Bien conocéis, todos la diversidad de unas, y otras Leyes, quando passáis de las Escuelas, á las Curias, por lo que gustais en los Autores, ó en la nueva Recopilacion, que es la mas registrada, y advertida; pues no es mucho menor la que se encuentra en las 7. memorables Partidas. Yá se vé, que si creéis la

C 2

opi-

opinion de aquellos, que porque no las vieron, juzgaron, que solo son una traduccion del Drecho Comun, las reputareis en todo por conformes à èl; pero esto es un engaño manifesto. Y si no os basta la autoridad de un Nicolàs Antonio, que las llama interpretacion del Drecho Latino ( la que por razon de la falta de noticias de aquel tiempo, no pudo dexar de apartarse en mucho de lo que aora comprehendemos: ) si tampoco os mueven Gregorio Lopez, Muñoz, Villalobos, y Olano, que notaron sus declaraciones, y discrepancias: mirad en el campo de la Historia al Sapientísimo Principe Don Alonso el Dezimo, cuydando, mas que de su Imperio, de hazer aquella gran Obra, que como el Templo de Salomon, negó Dios à los deseos de un Santo, reservandola para un Sabio. Averiguando vâ, quales son los Varones mas doctos en ambos Drechos de toda la Europa; llamales à mucha costa, y con la misma ostentosamente les mantiene. Mirad quantos concurren, y quàn celebrados; lleno està el Palacio, mas de Togas, que de espadas; antes parece Univerfidad, que Real Alcazar. Allí vereis à Garcia Hispalense, à Bernardo de Monte Mirato, à Juan de Dios, y à otros muchos. Atended con què cuydado trabajan, y como Abejas està chupando el jugo de muchos Drechos, y de quantos escritos se hallaron de los mas famosos Interpretes muertos, ò vivos. Siete años se ocupan en este afân, sin desfistir de su intento. El mismo Sabio Legislador les incita, y con su prefencia, y con el premio les anima à la fatiga, y aun entra à disputar, y à trabajar con ellos, movido de su inclinacion à todo genero de Letrras. Pareceos, que un Drecho formado de tantos Drechos, y distámenes, pudo concordar con solo uno? Y pareceos, que todo este aparato, este gasto, tanto concúrso de eminentes Letrrados, y tanto tiempo serà para traducir al Drecho Comun, cuya obra pudiera hazerla un Gramatico en solo un año? Ha Principe mio, mejor es, que te emplees en reprimir à tus Vasallos, y en hazerte temer; que sinò, con tu mismo Hijo, te quitaràn el Cetro que dexaste de la mano para occuparla de la pluma. Hazla esta tremolar sobre tu Celada, que à un Principe mejor le està en la cabeza, que en la mano; y à lo menos à ti te està mejor. Si pienfas, que aunque pierdas un Reyno viviendo, muerto go-

ver-

vernaràs con tus Leyes el universo, porque todos querran regirse por ellas; juzgas bien segun es su excelencia, y perfeccion: pero ni aun esto conseguiràs, Monarca desgraciado; porque podrà la embidia obscurecer de fuerte tus fatigas, que entiendan, que con ellas no hiziste otra cosa, que vertir en tu lengua el Drecho de los Romanos. Mas no me persuado, que vosotros creereis tan facilmente tal error, usurpando la gloria del que fue vuestro Señor, y Principe; y para que os acabeis de defengañar de la utilidad de esta gran Obra, quisiera solo hazeros presente una reflexion. Doy, que nuestro Drecho, sea solo traduccion del Latino: es cierto, que para traducirle, devìò nuestro Principe recibir una sola leccion en todos los casos en que la ay diversâ, por la variedad de los primeros originales manuscritos; y así à lo menos tenemos decididas en nuestras Leyes las dudas, que en este assunto pudieron originarse: preciosidad, que no la has de hallar en Autor alguno de aquel Drecho.

Supuesto, pues, que uno, y otro Drecho son tan distintos, en vano serà querer estudiar el uno por los Interpretes de el otro; y aora quisiera preguntaros, si pensais aprender lo que contienen nuestras Leyes por uno de sus Autores, ò en todos. Si lo quereis aprender solo en alguno, dezidme quâl sea este: pues quien aya tomado una idea general de lo que contienen aquellas, yo no lo encuentro. Supongo, que no direis, que sea Alfonso Diaz de Montalvo, ni Gregorio Lopez; porque estos solo escrivieron glossas, que por si no pueden estudiarse sin estudiar las mismas Leyes; y si me dixereis por ventura, que es Antonio Gomez, à quien la aprobacion comun de los Pasfantes, y aun de los Abogados, y Juezes, reputa por Maestro universal, este directamente en una obra, solo ha tratado de las Leyes de Toro, y en las varias està tan lexos de dezir quanto contiene nuestro Drecho, que passa muchas hojas, y aun titulos enteros sin citar una sola Ley. Y si no fuera por no hazerme odioso, dixera, que no quiero negarle, que sea seguro en sus Decisiones; pero que en muchas se contradize, y que lleva tanta hojarasca de opiniones inutiles, y pueriles, que pudierais sacandole la substancia, ò reducirle à la tercera parte de su volumen. Si dixereis, que elegiriais para el estudio à Don Diego Covarrubias, ò al Padre Luis Molina; veneroles entre

to-

todos los nuestros : pero ni aun estos dixeron la mitad de lo que devemos saber de nuestro Drecho , siendo sus obras casi tan difusas , como nuestras colecciones legales ; y si estos , que son los que se reputan por mas recibidos , y mejores , no son aptos , ni suficientes , de que otros podrèmos echar mano , que sean convenientes , y bastantes ? Todos los Autores , reconociendo que el Drecho se ha de estudiar por el Drecho , regularmente no escriven para referirle , sino para adelantar , discutiendo sobre el , o declarandole : con esto , si ponen alguno de sus principios , les ponen diminutos , solo en quanto les haze à aquel caso : pero si quieres discurrir por ellos en otros , apenas podràn servirte ; y en igual volumen , quanto mas se entretienen en sacar consecuencias , tanto menos premisas pueden poner , que las que ay en las colecciones legales ; y quanto mas dudas deciden , tanto menos ponen de las sentencias , y determinaciones indubitables . Y yo , en caso de no poder saber uno , y otro , mas quisiera estudiar todas las premisas , que todas las consecuencias ; porque por aquellas podria , sin mas ensenanza , sacar de estas , y no al contrario ; y tambien quisiera saber mas presto todo lo cierto del Drecho , que saber parte de lo cierto , y parte de lo dudoso ; porque el errar en lo opinable , se puede disimular , y basta la duda si soy Juez , para que no me sùndiquen ; y si soy Abogado , para que no me noten : pero el ignorar lo cierto , es cosa digna , no solo de desprecio , sino de castigo . Tan vanamente , dize Duareno , trabaja el que quiere aprender el Drecho por solo un Autor , o otro , como aquel que refiere Luciano , que porfiava en contar las olas del mar una à una ; pues dado que tome los volumenes de Bartulo de memoria , sabrà muy pequeña parte de lo que fuele ofrecerse en una facultad tan dilatada .

Pero si lo que contiene nuestro Drecho , lo queremos estudiar en muchos libros , mirando los que segun el caso que ocurra , y acontezca , pareciesen al proposito ; o que leyendo los Indices encontràremos , que le llevan : que otro desconcierto de juicio es este ! Pues sin tener antes radicados principios , como nos prometemos no equivocarnos en lo mismo , que dicen bien , quanto y mas , corregirles en lo que dicen mal ? Que diferencia ay del Letrado , que sin estudiar primero el Drecho ,

se

se pone à leer Autores , y à querer dár dictamen sobre ellos , à aquel , que no aviendo estudiado Medicina , quiere aplicar los remedios , que lee propinados en un Autor de aquella facultad : pues si tù no te dexàras curar de este , porque crees acertar en la Jurisprudencia , leyendo solo , y no estudiando ? O ! quàn acertadamente compara el Eminentissimo Cardenal de Luca à los que asì entienden saber , à los Papagayos , o Urracas ; y concuerda con su dictamen Pedro Burmano , el qual llama à estos , que estudian por indices , o sumas , Doctores de compendiofa , y contrahida Jurisprudencia ( aunque mejor dixera contraheda ) llamales candidatos ligeros ; pues de un salto , o buelo , passaron de la distante region de las escuelas , à las Curias , à charlar como Picazas , y no como racionales ; o à ladrar como perros rabiosos , contra el comun provecho ; por lo qual con razon les llamò tambien *Rabulas* Marco Tulio .

Bien hallaràs todos los axiomas del Drecho , en la infinita muchedumbre de Autores , que manejamos ; pero como ? Arrancados de su lugar , destrozados de sus mismas partes , y totalmente desfigurados , y torcidos . Aun las mismas definiciones , y divisiones , inmediatos instrumentos de la razon , en unos les encontraràs de una forma , y en otros totalmente opuestos ; y tanto , que estoy por dezir , que si se fueran entresacando las desarregladas proposiciones de Interpretes , que nos dãn como legales , se podria formar un Drecho en todo opuesto al que devemos usar . Pues como allà dixo Amiano Marcelino , si quieres fingir , que has muerto à tu Madre , avrà quien te ofrezca hallar muchas lecciones , y autoridades , que te absuelvan , especialmente si te considerassen hombre de dinero . Confundese el entendimiento ; y si crees à los Autores , estos mismos te diràn , que es mucho mas dificultoso el averiguar lo cierto por la variedad de dictámenes de ellos , que por las dudas de las mismas Leyes . Esto advierten Molino , Castillo ; y otros à cada passo ; de manera , que està mas escondida la verdad entre las muchas hojas de tantos libros , y sus tinieblas , que aquella vara fatal que cantò Virgilio en boca de la Sybila . Y quien no vè los irremediables perjuicios , que se ocasionan de seguir el norte tan inconstante ? Tù , Abogado , oy entraràs à defender una causa con fundamentos à tu parecer incontrastables ;

y

y mañana darás en un Autor, que te los deshará todos, y te verá burlado con descredito. Tú, Juez, effortro día votarás un pleyto con mucha satisfaccion tuya, siguiendo un Interprete; y mañana hallarás otro de mejor nota, que te hará ver, que tú, y el primero errasteis; y así es la Justicia un juego de fortuna, que tiene sus lances adversos, ó prosperos, conforme el Autor que se le ofreció al que ha de juzgar la causa; pues como de su tiempo nos refiere Justiniano, ni es posible que les tengas todos, y mucho menos que les sepas; y así usarás de aquellos que te presente la casualidad, ó la malicia. Bolved, bolved, os ruego los ojos ázia atrás, y mirad otra vez en el bosquejo de la Historia, despues de un Ciceron, á un Julio Cesar, y á Pompeyo, ambos varones prudentísimos, y aquel no se si mas conocido por la pluma, que por la espada, los quales en medio de la inquietud de sus designios, están pensando cómo reducir el esparcido Drecho, para evitar la inmensidad de sus disposiciones, y multiplicidad de sus dudas. Registrad, como porque éstos no pudieron executar sus intentos, se atreven dos particulares á hazerlo separadamente de alguna parte, y en tiempo de Constantino el Magno formaron el Codigo Gregoriano, y el Hermiogeniano, y la mesma necesidad de tener recogido el Drecho, autorizó estas colecciones, como si fueran sus Autores los mismos Soberanos.

Empleóse despues el mesmo Emperador Theodosio el joven en formar otro Codigo, que tomó su nombre, y aun el barbaro mozo Alorico, Principe de la poco culta, aunque valerosa nacion Goda, reconoció la preciosidad de regular las dispersas Leyes de su Reyno, é hizo para esto su Breviario. Pero reparad aun mas solícito á aquel famoso Emperador Justiniano: convocando está á su Palacio á los Varones mas doctos de su Reyno, para poner terminos al Mar de el Drecho Romano. Allí les previene con que sustentarles, y regalarles, hasta que se concluya esta gran obra. Allí llama á Juan, á Focas, á Basíledes, á Thomás, á Leoncio, todos sugetos que tenían empleos honoríficos, y necesarios en la Republica. Tambien concurrieron Theosilo, Cratino, Dorotheo, Anatolio, Theodoro, Idodoro, Thaleleo, Salaminio, y Constantino, Cathe-

dra.

draticos insignes, que leyeron en Constantinopla, y Berito. No menos son llamados Stephano, Menna, Prosdocio, Eutolmio, Timotheo, Leonido, Leoncio, Plaron, Jacobo, Joan, Dioscuro, y Presentino, todos Abogados de la primer gerarquia. Suspendese el exercicio de los honores de aquellos: dispersos los discipulos de éstos, van á buscar otros Maestros, y los alumnos de los ultimos, otros no tan buenos Directores. En silencio se ven, y desiertos los Dofeles, las Cathedras, y Estudios de estos Varones, de que tanto necesita la Republica. Y todo esto porqué? Porque ya no bastan, dize Eunapio, muchos Camellos á llevar el multiplicado Drecho de esta Ciudad, y por su misma copia están sin Drecho, ó fuera mejor, que lo estuvieran. Ea, mirad, que quiere desterrar del todo los Autores, permitiendoles solo el trabajo pesado, y poco glorioso de hazer indices: gritadle, que no haga tal; porque ha de venir al mundo un Cujacio, un Gothofredo, y otros muchos; y vereis como os responde: Por esso que han de ser muchos, no convienen, aunque sean buenos, si solo se ha de poner en ellos el cuidado; pues experimento, que son tan multiplicadas, y varias las respuestas, que como allá se quejó Terencio en boca de Demiso, queda mas perplexa, y confusa la razon de quien las consulta, que lo estava antes con las dudas que llevaba: y por esso me canso en la formacion de un nuevo Drecho, como unica medicina de este daño. Pues cómo vosotros, no siendo ya la multitud de los Autores carga solo de muchos Camellos, sino de muchos Baxeles, os contentais de guiaros por ellos? Y teniendo trabajado, y recogido el mejor Drecho que reconoce el mundo, le despreciais? No haze dificultosa la salida de un laberinto, el que sea solo una, sino el que aviendo muchas aparentes, y fallas, la mesma muchedumbre engaña á los ojos, y confunde el animo, de suerte que sin el hilo de Ariadna, es seguro el perderse. Y esto mismo sucede en tanta copia de Autores. Los vagos rios se obstentan corrientes, y claros cada uno, y hallan agradable salida en todo, aunque sea con travesuras, y deslizes: pero al cabo, porque se encuentran unos con otros, forman un monstruo como el mar, todo obscuro, todo pesado, y todo inquieto; sin luz, sin salida, y sin descanso. Y esto sucede en los Autores. Pues quien no huye de un pielago, ó laberinto?

D.

PUN-

## FUNDASE CON LA EXPERIENCIA.

**P**ero si las autoridades, y razones que dexo dichas no os convencen, à que el estudiar por las mismas Leyes es lo mas acertado, convenzaos la experiencia. Pudiera con millares de exemplos manifestaros, que en todas las Artes solo se hizieron progressos estudiando por sus fuentes: pero son cortos los limites de una Oracion, y así he de reducirles à lo que hemos visto en esta misma facultad. Aun no se ha cansado de celebrar la fama à aquellos primeros Jurisconsultos, que en tiempo de las doze Tablas enseñaron, ò ilustraron el Drecho. Para la mayor celebridad de los mas, fiò su trompa à los sonoros, è inmortales labios de Ciceron, que todavia les aclama; es à faber, à Tiberio Coruncano, à quien este tuvo por uno de los incomparables; à un Quinto Maximo (que tal vez equivocò el tiempo con Quinto Mucio) al qual llamó con Caton *Grande*, no solo à los ojos de los Ciudadanos, sino en su casa, donde era consultado, como el Oraculo en los Templos; à un Sempronio, llamado Sofo, y à un Atilio, ò Acilio, y à un Lelio, llamados Sabios entre los Romanos, quando fueron muy pocos los que merecieron este renombre, y principalmente le ganaron por la ciencia del Drecho. No menos nos cuenta, fueron doctísimos Fabio Pictor, y Fabio Labeon, Junio Bruto, y Marco Manilio, à quien algunos llamaron Mamilio. Tambien tuvieron en Valerio un maximo testimonio de que fueron peritísimos Tito Manlio Torquato, y Marcio Figulo. Y en el mismo tiempo fueron unos Catones en la Jurisprudencia los dos Marcos Porcios; y vióse entonces mas en esta Arte el ciego Cayo Livio Drufo, que muchos de los venideros, que tuvieron mejores ojos; y ultimamente un Mucio Cevola pudo llamarse Padre de todos los Romanos Jurisconsultos, y así otros de mucho, aunque de menos nombre. Pues como adquirieron tan grande, y duradera gloria de Sabios en el Drecho, si entonces muchos de ellos no tuvieron mas Autores, ni Maestros, que à si mismos? Como? No con otras lecciones, que las que tomaron de el mismo Drecho;

15  
porque las otras en lugar de aprovechar, perjudican; y sino, vedlo. Llenaron Roma de discipulos Cevola, y Sulpicio, y en lugar de ser estos mas famofos ilustrados con la doctrina de tantos hombres grandes, como les precedian, apenas ninguno de ellos logró los elogios de los passados; antes bien fue menester, que Augusto con el tiempo prohibiesse à muchos el responder en Drecho, dando solo à los mas habiles esta facultad. Dieron principio Labeon, y Capiton à la diversidad de Sectas: aumentaronlas Paulo, y Sabino; y sus sequazes, mas arentos à sus antecesores, que à la verdad, antes confundieron, que ilustraron la Jurisprudencia; de fuerte, que si algunos hizieron memorables progressos, fue, porque se desprendieron de opiniones, y tomaron por Maestro al mismo Drecho, y à la razon, por lo qual se llaman *Erciscundos*, esto es, divididos, y apartados de toda Secta. Tales fueron, Prisco Jaboleno, Cayo, Cervidio Cevola, Papinian, Paulo, Ulpiano, Modestino, Elio Marciano, y otros; y despues de estos, quanto mas se fue multiplicando el numero de las Escuelas, Interpretes, y partidos, tanto se fue disminuyendo el de los Sabios, de fuerte, que apenas se conserva la memoria de ninguno. Perdieronse todas las obras de los antiguos Jurisconsultos, y aun el mismo Drecho de Justiniano se desapareció: pero restituido à las manos de los hombres quando no avia Autores, que ayudassen à su inteligencia, supo Azon sacar de el una Suma, que aun aora se llama de oro, y mas estimable, que muchas de el mismo metal. Habla tù tambien en mi favor, Maestro de ti mismo, y de todos los venideros. Tù, que hiziste Universidad de una tal vez oculta cueva, y Cathedra de una peña. Tù, digo, Acurfio celebrado, que despues de dada la merad de tu vida al ocio, pudiste con sola la otra mitad exceder à los que te precedieron, y disputar la primacia à los siguientes. Que Librerías tuviste en esta desierta gruta? Què Cathedratícos oíste! Por cierto pocos, sino al mismo Digesto, yCodigo, de los quales enseñado, supistes enseñarles à los demás. Pero crecieron despues el numero de los Interpretes, y Autores, y sucedió lo mismo, que en tiempo de los Romanos, pues tambien se confundió la Jurisprudencia, y entre nosotros fue menester que Don Juan el

Segundo, como otro Augusto, y despues Doña Juana, estrechassen la libertad del uso de los Interpretes; y en fin no se restableció esta ciencia en quanto al Romano Drecho, hasta que vinieron en el Siglo 16. aquellos Sabios Varones, que como diximos tomaron, y siguieron por Maestras de esta Arte à solas las Leyes, y así lo confiesan, y persuaden en sus obras. Pues en nuestra Jurisprudencia Española, quien igualó à un Alfonso Diaz de Montalvo, monte de ciencia, à cuya cumbre pocos, ó ninguno de los nuestros han llegado, y blanco de los aplausos de los siglos futuros? Quien excedió à un Gregorio Lopez, tan magno entre nosotros, como el otro para los Theologos? Por cierto, pues, que ni uno, ni otro, para lo que obraron en nuestras Leyes, tuvieron casi la ayuda de mas libros, que las mismas Leyes; pues aquel fue el primero que empezó à ilustrarlas, y à este antecedieron pocos: luego en todos tiempos acreditó el exito, que solo puede llegarle à lo sumo de nuestra ciencia por el camino del mismo Drecho.

Ea, baste lo dicho, para que os desengañéis; pues à quien no desengaña la experiencia, y la razon? Si seguís à la autoridad, no la midais esta por el numero, sino por el peso: y vereis, que es mayor la que os propongo. Esto, como os he dicho, mandan nuestros Principes, esto quisieron los Emperadores; esto aconsejaron, y siguieron los que mas celebramos, y aplaudimos. Defienden mi dictamen con sus hechos yà desde los principios, un Coruncano, un Maximo, un Caton, un Sempronio, un Acilio, un Lelio, y muchos mas. Confirmaronle despues un Javoleno, un Cayo, un Cevola, un Papiniano, un Paulo, un Pomponio, un Modestino, y muchos mas. Imitaron à estos con el tiempo, un Azon, un Acurzio, un Alciato, un Duareno, un Donelo, un Cujacio, un Gothofredo, y muchos mas: y ultimamente entre los nuestros, un Montalvo, y un Lopez. O sugetos incomparables! y que son todos los demás, en competencia de vuestra grandeza. Ea bolved, Señores, por vuestra honra, emulando los dechados, que os he propuesto; pues en un Siglo, que lleva por caracter el ser critico, y en que todas las ciencias se hallan mejoradas, y sacadas, como Hipolito de los abismos, à la perfecta luz, será cosa vergonzosa, que solo la nuestra permanezca de-

fec-

fectuosa, y olvidada. No dudo, que para el mejor logro fuera cōveniente el formar algunas instituciones, si pudiesse ser, autenticas, y mas copiosas, que las que se han pensado hasta aora, donde no se viesse fabulas de disposiciones derogadas, è inutiles; pero esto quàn facil os sería à muchos de vosotros hazerlas, si os llegaisse à persuadir de su provecho? Yo el mas minimo de todos, pudiera dezir, que si no tengo concluido este trabajo, tal vez le tengo en estado de poderosle ofrecer dentro de poquíssimos meses. Pues que escusa podrá quedaros de vuestra desidia à vosotros, que me excedeis? Si deseais otro premio, que el de la misma perfecta ciencia, Principe teneis, cuyo pacifico corazon le influye el emplear toda su generosidad en los que adelantaren las Artes. Ved el indice de su animo en el zelo de sus Ministros, aumentando hasta las mecanicas; y crecreis por ventura, que será menos de las liberales? Ea, prudentísimo Monarca, manifestad con los premios, y con los castigos este provechosísimo deseo; remunerad los que se afanaren para su logro. Mandad segunda vez, que se enseñen las Leyes de España en las Escuelas; que las registren los Letrados, y las usen, y obedezcan los Juezes. Mandad, digo, haziendoos obedecer; pues poco importan los preceptos, si no se executan. Hazed, que se erijan Cathedras solo para este Drecho, y que nadie merezca en vuestros Reynos los honores de Doctor, ni Letrado, si no le supiere. Pero como me atrevo yo à advertir à quien ni aun soy digno de nombrar? Perdonad, que el zelo de el bien público me induxo à tanto, y el mismo es el que me ha hecho hablar hasta aora; pero yà viendo, que soy poco para tal empreña, impondré à mis voces un profundo, y perdurable silencio.

F I N.